

Necesitamos darnos tiempos valiosos para compartir la vida con nuestros hijos

INTRODUCCIÓN

En nuestro anterior encuentro charlamos sobre el tiempo que nos dedicamos a nosotros mismos como pareja y reflexionamos acerca de cómo vivimos el cuidado y atención de nuestra relación.

Hoy nuestra reflexión nos ayudará a revalorizar nuestra misión como padres y compartiremos cómo estamos viviendo la relación con nuestros hijos. Es probable que en nuestro grupo, nuestros hijos tengan diferentes edades y la relación con ellos sea entonces bien distinta. De todos modos, charlaremos sobre ellos y nosotros, y compartiremos experiencias distintas y, a la vez, parecidas.

Comencemos poniéndonos en la presencia de Dios que es nuestro Padre. Él nos hizo fecundos porque gracias a él también nosotros somos padres. Recemos entonces el Padrenuestro pidiendo especialmente por nuestros hijos.

Importante: Como siempre, cada grupo inicia su reunión con la modalidad de oración a la que esté habituado.

Ahora leamos con atención este pasaje de la meditación del Jueves Santo:

... Ser padres significa aceptar que el tiempo pasa, los chicos crecen y en ellos se van manifestando aspectos originales. Un hijo no es un "producto" fabricado a imagen y semejanza de los padres y sus expectativas. Un hijo es un "fruto" misterioso, personal, libre, que se despliega por rumbos no siempre imaginados por sus padres. La fe nos dice además que cada hijo es un fruto de los padres en alianza con Dios. Los hijos de ustedes son suyos, siendo hijos de Dios; es decir, personas libres, autónomas, y originales. Procreados por ustedes, son creados por Dios.

Como creador, Dios es el garante de la originalidad de cada hijo. Honrar la paternidad significa acompañar el crecimiento original de cada hijo. Acompañar significa no abandonar, pero tampoco manipular y forzar. El amor a ellos por lo que son y tal como se van manifestando es la actitud que los ayudará a crecer para llegar a ser ellos mismos. Amarlos como son, acompañarlos para que sean y confiarlos a Dios, el Padre del cielo.

PRIMER MOMENTO

La paternidad es una "gloria" inmensa porque podemos participar de la fecundidad de Dios. Y es también una cierta "cruz", ya que compartimos con Dios el dolor de amar incondicionalmente a nuestros hijos, más allá de los problemas que puedan surgir con ellos. Preguntémonos:

- ¿Cuál es mi mayor alegría por ser padre o madre?
- ¿Cuál es mi mayor angustia o preocupación?
- ¿Cómo influye nuestra paternidad en nuestra relación como pareja?

Todos participan libremente. Las preguntas pueden ser respondidas una por una por todos los participantes o bien cómo ustedes lo decidan.

Importante: Déense tiempo para que cada uno pueda hablar de sí mismo y su relación. No se interrumpen, no desmientan la experiencia del otro. No aconsejen y menos corrijan o censuren al otro. Escuchen con atención y respeto.

SEGUNDO MOMENTO

Vamos a escuchar un pasaje del evangelio de san Lucas 2,40-52

El niño Jesús iba creciendo y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él. Sus padres iban todos los años a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando el niño cumplió doce años, subieron como de costumbre, y acababa la fiesta, María y José regresaron, pero Jesús permaneció en Jerusalén sin que ellos se dieran cuenta. Creyendo que estaba en la caravana, caminaron todo un día y después comenzaron a buscarlo entre los parientes y conocidos. Como no lo encontraron, volvieron a Jerusalén en busca de él. Al tercer día, lo hallaron en el Templo en medio de los doctores de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que los oían estaban asombrados de su inteligencia y sus respuestas. Al ver, sus padres quedaron maravillados y su madre le dijo: "Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo te buscábamos angustiados". Jesús les respondió: "¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?". Ellos no entendieron lo que les decía. El regresó con sus padres a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba estas cosas en su corazón. Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres.

Breve comentario del texto:

Jesús cumple la edad en que asume sus obligaciones legales: la circuncisión de niño desemboca a los 12 años en la total entrega a la Ley. Esa La Ley obliga ahora a Jesús con más autoridad que la patria potestad de sus papás. Lleno de sabiduría y de gracia, él da una lección dolorosa a sus padres, contrastando las dos paternidades: la de ellos y la de Dios. "Tu padre y yo (es decir, "tus padres") te buscábamos angustiados", dice María. Jesús responde: "Yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre". Jesús es hijo carnal de María, por la cual está ligado físicamente a la humanidad. Pero esa relación queda relativizada y sometida a otra superior. Jesús es hijo legal de José, por el cual queda registrado oficialmente como descendiente de David. Pero también su relación con José queda relativizada y sometida a la relación de Jesús con su Padre. La relación de Jesús con el Padre del Cielo es la fuente última de su identidad más profunda: él es el Hijo de Dios.

Santa María y San José tuvieron que reconocer que su hijo era el Hijo de Dios y descubrir y respetar ese misterio tan grande. Nuestra experiencia de padres es distinta, pero en algo se parece. Sobre este tema leamos ahora pasaje del próximo libro que publicará nuestro párroco y después lo comentamos.

La herida de no poder ser nosotros mismos

...

El sujeto actual vive con más intensidad que en otras épocas el conflicto de ser sí mismo. Esta preocupación surge de una insuficiente paz con lo que se es. Es una herida profunda que duele a la mayoría de las personas: no poder ser ellas mismas, y ni siquiera saber quiénes son y desean ser. En el origen de esta herida están las intensas expectativas que los padres vuelcan sobre sus hijos. A veces las necesidades de los adultos se convierten en una verdadera manipulación de los niños que deben ser lo que sus padres necesitan que ellos sean. El niño experimenta una rara sensación: el amor y la dedicación de sus papás están mezclados con el rechazo (más o menos encubierto) a lo que él es y con la exigencia de tener que ser de una determinada manera. Los hijos se sobreadaptan a esta presión porque ven que procede de quienes supuestamente los aman, cuando en realidad lo que está ocurriendo es que los rechazan. Esta experiencia es interiorizada por el niño en crecimiento y se convierte en desamor a sí mismo, en duda sobre el propio valor, en conflicto con sus cualidades, y en una cierta culpa por ser quien es y no lo que se supone debería ser.

Más tarde el niño ingresa en el sistema educativo, organizado para alimentar al sistema productivo y recibirá un mensaje parecido. Desde pequeño y hasta su adultez la sociedad lo presionará para que sea lo que se supone que debe ser: alguien exitoso (conforme a las condiciones que el éxito posee en la sociedad actual). Las presiones sociales y económicas a las cuales la mayoría de los adultos se sobreadaptan tienen un costo muy alto: ellos no saben quiénes son; saben en cambio lo que deben ser para llegar a ser aceptados por sus familias y amigos, por su medio profesional y social. Deben ser siempre exitosos. Mientras tanto ese misterio profundo que es cada persona sufre en silencio por no haber podido ser y manifestarse ante los demás. Y seguramente también sentirá miedo de animarse a ser ella misma ante los otros. La psicología acuñó la expresión "*falso self*" para hablar de esta herida con la cual la persona se sobreadapta complaciendo las expectativas de su entorno. Lo hace con la esperanza de recibir aprobación y afecto, pero

acumulando falta de reconocimiento de sí misma y de respeto por lo que es. La persona paga este alto precio por haber acatado los deseos y mandatos que se le impusieron.

Sabemos que cada uno de nosotros es una singular imagen de Dios. En cuanto personas únicas e irrepetibles somos un pequeño absoluto que podríamos hacer nuestro el nombre divino y decir: “Yo soy el que soy”. Nuestro ser personal –el que soy– ha sido creado por Dios y es nuestra identidad más profunda. Los padres no han creado ese misterio personal; simplemente han procreado un hijo al que deberán acoger y descubrir en su irrepetible originalidad. El primer gesto del amor paterno que ha de acompañar todo el proceso de crianza es contemplar la mismidad del hijo, su condición suya y única donada a él por el Creador. Reconociendo al hijo como de sí mismo, como suyo, como él mismo, entonces los padres sí podrán decir: “este hijo es nuestro”; pero no en el sentido de un objeto que les pertenece, sino reconociendo que desean vivir para que su hijo sea él mismo, y sólo de este modo sea de ellos. Los hijos son de sus padres porque en realidad éstos están al servicio del crecimiento de aquéllos como seres únicos y singulares.

El descubrimiento y vivencia de la propia mismidad es el resultado de este respeto paterno que, originado en una mirada contemplativa y desapropiada, transmite al hijo la sensación de que está bien que él sea quien es, de que es bueno ser él. De esta manera surge en el niño que crece la experiencia de que su vida es valiosa, que es un don de Dios para él y sus padres, y que éstos están encantados de que él sea él.

La experiencia de esta aceptación y respeto paterno, junto a la estimulación para que el “yo” del niño emerja y se manifieste, lo fortalecerá en la conciencia de sí mismo, de tal modo que pueda relacionarse con los demás en una experiencia pacífica y gozosa. Esto le permitirá ingresar al mundo con suficiente seguridad acerca de quién es y cómo desea vivir.

La herida que se provoca al renegar de la originalidad de un niño es una herida espiritual: el alma del hijo, su condición personal, ha sido rechazada, no respetada, utilizada para cubrir carencias y necesidades de los adultos. Y según veremos, el mercado laboral y la sociedad de consumo harán lo suyo para mantener esta herida abierta.

La experiencia de no haber sido amado por que “soy yo” y no “lo que debiera ser” deja a la persona en un conflicto básico consigo misma: será ella la que a lo largo de su vida no se aceptará ni valorará su ser propio y singular. Desde el punto de vista cultural, la sociedad narcisista se construye precisamente sobre la base de la preocupación y el conflicto del yo con sí mismo, pero también forma parte de él.

Ahora, reflexionemos juntos.

- ¿Qué afirmación me llegó más del texto que leímos?
- En el ejercicio de la crianza y educación de mis hijos ¿qué aprendí acerca de mí como padre o madre?
- ¿Siento que crecí como persona ayudando a crecer a mis hijos? ¿En qué crecí?
- Los conflictos que tengo con mis hijos o a raíz de ellos, ¿me hacen sentir culpable, incapaz o impotente como padre o madre?
- ¿Qué podría agradecer a mis hijos?

Todos participan libremente en un clima de respeto y comprensión.

CIERRE

Culminemos nuestro encuentro con un momento de oración. Hagamos un poco de silencio para ponernos en presencia de Dios.

Vamos a agradecer al Señor el habernos hecho padres, capaces de dar vida a un ser humano y acompañar su crecimiento, comunicarle nuestro amor y el de Dios.

Les proponemos poner en voz alta la oración de acción de gracias a Dios por nuestra paternidad.... Podemos decir, por ejemplo: Padre, te doy gracias por...

Podemos terminar rezando juntos un Padrenuestro.

ACTIVIDAD PARA EL HOGAR

Les sugerimos redactar una carta para cada uno de sus hijos, siguiendo el modelo que les proponemos, pero improvisando lo que ustedes quieran.

Si los chicos son muy chiquitos y no saben leer o son bebés y no entenderán lo que ustedes les digan, simplemente pueden regalarles algo para simbolizar el cariño que ustedes sienten por ellos.

MODELO PARA INSPIRAR UNA CARTA A NUESTROS HIJOS

Querido hijo/a:

Esta semana en nuestro grupo de matrimonios hemos reflexionado sobre lo que vos y tus hermanos significan en nuestra vida. Por eso queremos decirte que...

(lo que valoramos de él/ella, lo que representa para nosotros, lo que le deseamos, lo que nos preocupa, lo que le sugerimos...). Y además:

Te agradecemos...

Te pedimos disculpas si...

Somos tus padres y sentimos por vos...

Recibí nuestro afecto, nuestro abrazo y sabé que podés contar siempre con nosotros, porque somos tus padres y te amamos.

Papá y mamá